

rosos fracasos en la experimentación, pudo, al fin, convertir su taller en un taller mecanizado y automatizado con los modernos equipos de laminación. Como resultado de esto, el límite de producción de los trenes de laminados, grandes y pequeños, creció 1,5 veces. El número de las innovaciones técnicas hechas por los obreros-estudiantes en 1965, aumentó 6,2 veces en comparación con el primer período de la fundación de aquel instituto.

La misma fábrica les sirve de un buen sitio de práctica de producción.

El instituto no necesita comprar los equipos y materiales para la experimentación y la práctica, con excepción de algunos muy especiales. Además la fábrica cuenta con un gran número de profesores de reserva, capaces y probados en la producción.

Esto favorece también la administración y el manejo del instituto.

El Estado presta una especial atención a los obreros-estudiantes, distribuyéndoles manuales y otros libros necesarios, y les asegura todas las condiciones favorables a sus estudios.

El instituto organiza clases en dos turnos (por la mañana y por la tarde), teniendo en cuenta el trabajo de los obreros-estudiantes. Para los solteros que asisten al instituto, se destinan residencias especiales. Así, en nuestro país, el número de los obreros-estudiantes aumenta con cada año que pasa.

El instituto de fábrica sirve de base para formar directamente en el sitio de producción a los intelectuales de origen obrero. La creación de los institutos de fábrica tiene una gran significación en la labor de ampliar el papel dirigente de la clase obrera.

LA EXTENSION UNIVERSITARIA EN EE. UU.

por el prof. JORGE JOBET

1 Idea de Universidad. 2 Los norteamericanos y el sentimiento de comunidad. 3 Principios de extensión cultural. 4 Hitos históricos. 5 Razones de su desarrollo. 6 Campos de aplicación y contenidos. 7 Estructura y medios.

1 Universidad, cultura y extensión de la cultura son tres términos que no pueden comprenderse separados en una concepción moderna de la Universidad. Piénsese lo que se quiera en torno a la idea de Universidad y siempre se llegará a lo mismo, ahora y, con mayor razón, en el futuro. Esta casa —para objetivarla— está enraizada en un medio social e histórico que la alimenta y al que sirve en más de una instancia. Sirviéndolo a través de la investigación, de la formación de profesionales y de la preparación de dirigentes, misión esta última que empieza a cobrar vigencia en los tiempos actuales, sirve del mismo modo a la humanidad en sus más variados intereses, precisamente por ser una cofradía de estudiosos sin fronteras, una *universitas*.

El saber está muy bien repartido en el género humano, lo que quiere decir que no es el patrimonio particular de ningún grupo, clase o casta, ni privilegio hereditario de una determinada mentalidad. Es obvio pensar que tampoco está íntegramente dentro de un edificio, por universal que sea, ni se encuentra agotado debajo de un timbre. Se está haciendo todos los días y en todas partes. La Universidad tuvo la virtud de acogerlo, organizarlo y distribuirlo, noble y desinteresadamente, respetando los deseos de los estudiosos e investigadores de la ver-

dad, que querían tener su escuela donde desarrollar con libertad el pensamiento, así como los militares tenían sus cuarteles para ejercitarse en el manejo de las armas y los sacerdotes sus templos para adorar a Dios.

Los frutos del trabajo paciente de los “universitarios”, por su alta calidad y feliz abundancia, le dieron prestigio a la Universidad como ninguna otra institución cultural lo había logrado, pasando a ser, por antonomasia, la casa de la cultura o el laboratorio del saber, escudo que nadie le puede quitar so pena de pasar por bárbaro. Si un tiempo fue verdadero reducto de unos pocos, fue porque no los había más. Si hoy es una verdadera avenida de tránsito público, es porque son muchos los que quieren iluminarse y ayudar a que otros se iluminen. De lo que se colige que resulta un contrasentido histórico seguir pensando de la Universidad como de una ermita, de un castillo feudal o de una torre de vidrio. La ermita para la metafísica, el castillo feudal para la astrología y la torre de vidrio para la retórica. Hoy la Universidad es acero, cemento y material plástico, ciencia, filosofía y arte.

Pero es algo más, es el laboratorio que tiene por centro al hombre, tanto en su deambular diario como en su perspectiva universal. El hombre como ser biológico, como persona social y capaz de espiritualidad. Forjador de cosas y dueño de una tremenda habilidad tecnológica. Creador inagotable de ideas y ma-

nipulador de la naturaleza. Inventor del arte y del bello ocio. Cada día más múltiple y complejo por el desarrollo vertiginoso de la ciencia; asimismo, más necesitado que nunca de la cohesión cultural de su estirpe humana. No por comodidad se le puede arrastrar a la estrechez sin salida de un puro tecnicismo, ni tampoco a la vaguedad informe de un saber hipotéticamente deslastrado. La actividad humana, en sus formas superiores, se desenvuelve y realiza mejor cuando se tienen los pies firmes y entra a la retorta simbólica, al libro amarillo por el tiempo o al signo cabalístico de lo posible el aire vivificante y renovador de la vida. Yo no sé por qué ha de concebirse a un Premio Nóbel sentado en una nube y a un maestro de escuela pedaleando en el barro. A un empresario gigante como Ford metido en el diámetro de una rueda y al genial Pablo Casals volando en el ala de una golondrina. Misión de la Universidad moderna es no desdeñar ningún saber. Y si quiere persistir en su añejez, quédese, pues, como simple Universidad y créese para el hombre de nuestro tiempo una nueva institución. Los pueblos jóvenes no tienen derecho a fomentar saberes exclusivos y a repartir la cultura en pequeñas dosis de moribundo.

2 Es tiempo de reivindicar a los norteamericanos de un olvido inconsciente que se ha cometido en contra suya y que ni ellos mismos han querido destacar en su literatura social: el fuerte sentimiento comunitario predominante en su civilización, factor decisivo de su fuerza y progreso culturales. Este sentimiento de comunidad les ha permitido desenvolver su vida con un innegable grado de comodidad material y de goce espiritual, porque constantemente están luchando para conseguir toda clase de bienes que favorezcan al grupo y atrayendo a su seno las manifestaciones más nuevas del espíritu, sobre todo, en el terreno del arte. Su manera ejecutiva de entender las cosas los empuja con suma rapidez a la empresa de su conquista y pronta aplicación. No es un pueblo contemplativo ni se siente amarrado por los prejuicios que, en otras latitudes, constituyen trabas evidentes para el progreso¹.

Creo que este aspecto de su manera de ser les viene del pasado, cuando los primeros exploradores, colonos e inmigrantes tenían que enfrentarse a un medio rudo, por la dureza del clima, la resistencia de los indios y la infinita extensión de un territorio casi siempre áspero y salvaje, solos y confiados en la ayuda mutua que podían prestarse con ocasión de calamidades y amenazas. Los inmigrantes tienden a la cohesión de sus miembros y a la conservación del grupo, tendencias que se patentizan más en la so-

ledad y vastedad geográficas. Agréguese el poder de la iglesia, del tipo que sea, con su concepción de parroquia, de cuidado por el prójimo y de su lucha por la estabilidad social. Además, su estímulo al trabajo creador y fecundo y su preocupación por el reparto solidario de las flores y los frutos. En relación con la historia de los Estados Unidos habría que destacar la influencia positiva de los protestantes, imbuidos de espíritu misionero, de simplicidad existencial y de practicismo. Este fenómeno se manifiesta en forma bastante clara en los estados del Medio Oeste, del Norte y del Centro, con sus influyentes grupos de raza nórdica y europea del norte y del este. Aún hoy les queda mucho que hacer y saben que sólo unidos podrán alcanzar los niveles propuestos. Pero no se andan en chicas y todos ayudan a empujar el carro del progreso².

¿Qué raro tiene, en consecuencia, que sean los norteamericanos los que primero hayan hablado de la educación al servicio de la comunidad y de una Universidad para todos? Digo los que "primero" y no "desde un comienzo", porque hubo dirigentes destacados que aplicaron los principios rígidos de clase cerrada en la Universidad, siguiendo el viejo modelo inglés y, en cierta medida, medieval. Felizmente fueron los menos. El aluvión extranjero, que constituye la esencia de los Estados Unidos, impuso su modalidad y exigió para sus hijos una educación integral, democrática y eficiente, desde la escuela elemental hasta la Universidad, saltándose, si era necesario, el Colegio de Artes Liberales aristocrático o clasista, cuando quiso imponer este estilo.

3 El sistema educacional norteamericano se caracteriza, especialmente en su rama pública, por las conexiones permanentes que mantiene con la comunidad que lo soporta, con sus líderes y con la gente común. El público, sin distinciones, no permanece ajeno a las labores de la escuela y siempre ha mostrado interés por los problemas de la educación. Tiene plena conciencia de su importancia en una sociedad en rápido cambio y de su valor significativo para el futuro del niño y el mejoramiento de la vida del hombre. Aplica el principio de la educación constante, único modo de progresar y no quedarse rezagado como rémora social o económica³. Las instituciones educativas, por esta razón, han tenido que reorganizar su sistema tradicional para satisfacer los requerimientos de todo orden que les llegan de una sociedad en movimiento y afanosa de saber y de perfeccionamiento. Al lado de su programa regular o académico, materia de una enseñanza graduada y sistemática, han tenido que aplicar el sistema paralelo de una extensión cultural amplia, a

un nivel de simple divulgación y a otro lógicamente acondicionado para conseguir un aprendizaje eficiente y un entrenamiento profesional útil en campos de la más diversa índole. A la Universidad le ha tocado representar el papel de primer actor en esta obra colectiva de prosapia cultural⁴.

Prácticamente, todas las universidades y colegios de los Estados Unidos tienen conciencia clara de esta nueva misión impuesta por las necesidades del momento y por la universalización de los logros culturales en todas las capas de la sociedad, no sólo entre los jóvenes, sino entre los adultos, donde está la novedad y la veta más rica. De ahí que en sus programas se considere, regular y oficialmente, el planeamiento de actividades de extensión calibradas de acuerdo con los intereses que sirven, en constante renovación y aumento. Su calidad depende del prestigio de la institución y de las especialidades que abarca. Las universidades de tradición más larga y solvente las realizan con exigencias académicas severas; las más nuevas y localistas, con un espíritu más familiar de divulgación simple. Algunas de estas prestigiosas universidades son las de Harvard, Connecticut, Massachusetts, Alabama, Carolina del Norte, Virginia, Texas, Johns Hopkins, Nueva York, Pensilvania, Pittsburgh, Chicago, Illinois, Iowa, Michigan, Minnesota, Misuri, Ohio, Wisconsin, California. La lista, por supuesto, no queda agotada. A su lado están, en el hecho, todas las que hemos omitido y la enorme mayoría de los más famosos colegios universitarios, además de otras múltiples organizaciones. La extensión cultural es, en realidad, una empresa de contornos nacionales. Este movimiento cultural hacia el medio tuvo su origen en el seno de las universidades y fue la consecuencia directa de la presión exterior en busca de canales adecuados que condujeran a los grupos sociales, culturales y económicos interesados a la conquista de objetivos definidos. No tuvo que esperarse mucho para que esta presión diera sus frutos. La educación norteamericana ha acentuado siempre el carácter de beneficio colectivo y de servicio comunitario inmediato del proceso de la cultura, sin que haya abandonado tampoco los propósitos específicos de la enseñanza y de la investigación. Quizás en este equilibrio de fines radique la fuerza e idoneidad de su trabajo escolar e intelectual. En la fundación de los centros superiores —Harvard, para citar un caso— entraron en alianza el principio del adiestramiento del intelecto en las disciplinas predominantes de la época y el otro de servir a la comunidad con la formación de dirigentes. Como la mentalidad colonizadora pensaba en el clero como medio indispensable de cohesión y armonía, promovieron como es natural su formación,

Y cuando hubo necesidad de adiestrar a humanistas y científicos de selección, cumplieron del mismo modo su tarea. Esta facilidad de adaptación de las instituciones culturales norteamericanas es otro de los puntos claves de su fortaleza y energía creadora. Cuando un organismo cobró caracteres excesivamente limitados o dogmáticos, muy pronto la comunidad hizo levantar otro más libre y democrático. A toda costa había que evitar los privilegios económicos, políticos, religiosos o educativos que las clases dominantes imponían y que habían causado, entre otras cosas, la salida de los Padres Peregrinos de Inglaterra y de grandes núcleos de otras naciones de Europa. Habría sido una ironía del destino salir de las llamas para caer en las brasas⁵.

En razón de lo dicho, la acción universitaria en los Estados Unidos no se ha esterilizado por efecto de las discusiones en torno a su misión "verdadera", como en otros países, generalmente interminables, y que a lo sumo han servido para refrescar los conocimientos sobre la Edad Media, proponer objetivos irreales desde el punto de vista del interés y los afanes contemporáneos, o bien, decidirse a fundar una institución de "alto nivel" para estudiar el sánscrito y el arameo. En el hecho, todas estas cosas existen, pero sólo en el papel. Nadie ha aceptado que la Universidad sea una institución exclusivista, distante de su ambiente natural. De lo contrario, no habrían recibido jamás el tremendo apoyo de que hoy disfrutan, ni habrían logrado alcanzar el grado de desarrollo que, con orgullo, muestran. Los educadores y los dirigentes de los Estados Unidos comprendieron muy temprano que la Universidad vivía por la vitalidad que le llegaba desde afuera, por el ímpetu que le comunicaba la sociedad dentro de la cual elevaba su estructura, por el afanoso empeño de una juventud que golpeaba a sus puertas, que las quería abiertas de par en par⁶.

Cuando el movimiento de extensión cultural principia a cobrar bríos en las primeras décadas de la centuria presente, son ya muchas las personas que piensan con nitidez en el significado altamente popular y democrático de la Universidad, refugio de la inquietud intelectual y del ejercicio del saber, al mismo tiempo que centro formador de dirigentes, de pensamiento puro o de acción⁷. Lo que en otras partes ha llevado largos años de diálogo acerca de los fines de la Universidad, en los Estados Unidos hubo consenso para estimar que eran sus finalidades substanciales conservar la herencia cultural de la sociedad y del mundo, extender al máximo las fronteras del saber, formar al hombre culto, preparar a los especialistas y difundir los conocimientos en beneficio de toda la humanidad.

Sólo se ha discrepado en el enfoque metodológico. Unos han creído más conveniente subrayar esta misión a través de un proceso selectivo de líderes potenciales, y otros poniéndose a las órdenes del trabajo colectivo con los grupos. La selección, en todo caso, resulta en ambas situaciones, ya que la Universidad debe exigir niveles mínimos aceptables en cualquiera de sus faenas. Ha dominado, sin duda, el principio esencial de la preparación para la vida democrática, que tanto hizo reír a más de un europeo escudado en su viejo caserón medieval. Pero lo que comenzó siendo, como quien dice, una ingenuidad de aprendiz de la cultura, se transformó en el breve correr del tiempo en la palanca más poderosa y eficiente del desarrollo norteamericano, dándole la razón a este olvidado grupo de pioneros. Gracias al trabajo de sus universidades y colegios, los Estados Unidos son hoy día una gran potencia mundial, quizás no la más madura en logros de un vaporoso refinamiento cultural, pero la más fuerte y pujante por su joven y progresista civilización, que beneficia directamente al hombre de ahí y de todas partes.

4 A fines del siglo XVIII encontramos en Europa —en 1789 en Inglaterra— gérmenes de educación de adultos y de extensión universitaria en la comunidad. Es una divulgación científica y técnica entre adultos cultos, obreros calificados y especialistas —según el caso— a cargo de profesores salidos de universidades y escuelas, con el respaldo de sus instituciones docentes o de empresas privadas vigorosas. En la centuria siguiente el público es mayor y más variado, interesándose en éstas y otras materias gente de variada condición cultural. Las universidades y colegios de los Estados Unidos adoptaron este método de divulgación con el entusiasmo que siempre ponen en las causas de valor general. Fueron famosas las conferencias del catedrático Benjamín Silliman, de Yale, quien, durante largos años, puso al alcance de los no iniciados los progresos del conocimiento. Estas disertaciones populares y panorámicas no formaban parte del plan académico regular⁸ —como es fácil comprenderlo— pero no por ello debe menospreciarse su mérito. Se sabe que los planes y programas de las universidades norteamericanas, en las primeras décadas del siglo XIX, estaban amoldados según los cánones tradicionales de una Universidad —el saber por el saber y la formación profesional estricta— y, en consecuencia, no podía existir una concepción definida acerca de la extensión universitaria ni de la educación de adultos, tal vez la conquista más lucida de la Universidad moderna. Pero no faltaban voces aisladas que las presentían, como tampoco, en una posición eminentemente retrógrada, escaseaban las instituciones

que se oponían al estudio de las ciencias físicas en sus aulas, por estimarlas sin ningún valor. Sería interesante saber qué piensan hoy los físicos de Yale de sus predecesores, amantes de los clásicos y desdeñosos de la ciencia.

En los últimos años de ese siglo, la nación norteamericana experimenta un crecimiento rápido en su economía, y sus verdaderos imperios industriales vibran en el corazón de sus grandes ciudades; sus límites se ensanchan con la colonización y explotación masiva de las enormes riquezas agrícolas y mineras del Oeste y Medio Oeste, todo lo cual favorece la proliferación y robustecimiento de las universidades y la ampliación de sus actividades académicas y de divulgación cultural hacia el medio. Las fundaciones y corporaciones, al igual que las autoridades estatales y federales, ponen a su disposición terrenos y recursos, estimulándolas continuamente⁹.

Conviene señalar dos hechos importantes de la historia educacional norteamericana, ligados estrechamente al movimiento de extensión universitaria y de educación de adultos. El primero de ellos es la creación de una rama del Liceo Americano en 1826, por Josiah Holbrok, en el estado de Connecticut, con la idea de promover la enseñanza de las ciencias naturales en las escuelas, fundar bibliotecas y levantar museos. El mismo se dedicó a dictar conferencias sobre geología, mineralogía y otros tópicos, despertando el interés de la gente por estas materias que a nadie habían preocupado hasta ese instante. Su concepción del liceo prendió en muchas ciudades, grandes y pequeñas, y por el año 1835 éstos pasaban de 3.000. El materialismo más horrendo y el afán de lucro de unos pocos vivos hicieron que el ideal de Holbrok degenerara en un auténtico circo de charlatanes y feriantes de la cultura. Alcanzaron a prestigiar su plataforma de conferencias y disertaciones públicas un Henry Thoreau, un Emerson, un Daniel Webster. En su tribuna se discutieron, antes de la Guerra Civil, temas escandalosos para la época, como ser, la esclavitud, el alcoholismo, los derechos de la mujer, la democracia, el progreso de las ciencias. En los años posteriores, el liceo perdió el ímpetu inicial, vino a menos y desapareció del mapa educacional norteamericano. Sin embargo, quedaron en pie sus tres principios básicos: 1) mejoramiento y modernización de los programas de las escuelas públicas; 2) organización de bibliotecas y museos para facilitar el estudio personal y la investigación, y 3) cursillos y conferencias destinados a los adultos. El segundo hecho es el movimiento educacional conocido con el nombre de Chautauqua, en el año 1874, fecha en la cual este distrito de Nueva York retomó uno de los fundamentos del Liceo Americano

y lo llevó a una acabada expresión de aventura cultural de adultos. Siguiendo el modelo de Inglaterra en parte —Cambridge desde 1873 y un poco después Oxford— y agregando experiencias del Liceo Americano, innovó en grado importante en la materia, realizando sus propósitos de extensión educativa en las vacaciones de verano¹⁰, sistema que encontró rápida acogida en la mayor parte de las ciudades importantes del Medio Oriente y que ahora se practica en el país entero.

Ninguna Universidad pudo escapar a esta ebullición cultural de fines del siglo XIX, y así tenemos que en 1892 se celebra un congreso nacional al respecto. Por desgracia, los presupuestos universitarios quedan cortos, la población estudiantil regular había crecido enormemente y había que atenderla de preferencia, escaseaban los profesionales idóneos y la primera obligación era satisfacer primordialmente el sistema escolar público. Esta paralización de la extensión universitaria duró pocos años. A principios de este siglo entran los Estados Unidos en una etapa revolucionaria de crecimiento industrial, de desarrollo científico y técnico y de expansión de su economía floreciente. Las bases de la educación están aseguradas y las universidades y colegios proliferan como hongos después de la lluvia. Es el turno de la extensión cultural sistemática.

La Primera Guerra Mundial, contrariamente a lo que el criterio común piensa al respecto, obligó a las universidades a adaptarse a las nuevas circunstancias y colaborar con la nación en su esfuerzo bélico, fenómeno idéntico al sucedido en la Segunda Guerra Mundial. El gobierno y las empresas particulares exigieron de las universidades su cooperación en el terreno de la investigación, en especial, de las ciencias aplicadas como la ingeniería. Asimismo, la incorporación a sus programas de materias nuevas y urgencia en el estudio de otras, como ser, las ciencias físicas y las sociales, entre estas últimas la economía y la psicología aplicada. Terminado el conflicto y victoriosos los Estados Unidos, el gobierno patrocina una serie de leyes en beneficio de los "veteranos", permitiéndoles su ingreso a los centros educacionales superiores para continuar sus estudios interrumpidos o emprender el aprendizaje de nuevas profesiones. Esto, junto al apetito que se despierta por el saber al término de las catástrofes, elevó en forma acelerada la matrícula regular de alumnos en los cursos de extensión universitaria —desde el primer conflicto hasta ahora— registrándose en el período académico de 1919-20 un enrolamiento próximo a los 600.000 estudiantes, cifra que llega a 1.500.000 en el año académico de 1939-40. Durante el período de 1949-50 la matrícula es un poco inferior a 3.000.000 de

alumnos adultos, considerando las universidades y colegios. La tendencia actual es de un aumento firme y sostenido, lo que le está creando a la Universidad un verdadero problema de atención masiva, sin locales, personal, material y presupuestos suficientes¹¹. Pero, a pesar de estos aspectos negativos, se puede sostener que las universidades adquirieron una experiencia formidable por la variedad de intereses profesionales y educativos que se despertaron en la nación, por la aplicación de nuevos métodos docentes para enfrentar con éxito esta realidad, por la aceleración en el campo de la investigación y por el manejo de fondos cuantiosos. En suma, el pueblo norteamericano espera casi todo de la Universidad, y éste es el desafío más grave al que tiene que responder la educación superior.

5 Poner al alcance de los legos los frutos de la cultura es la primera razón de ser de la extensión universitaria que vemos en lontananza. El saber no se contenta con permanecer encerrado en el círculo reducido de los laboratorios y las aulas. Ahí se esteriliza. Busca el contacto con el exterior, la comunicación, el intercambio, primero, por su propia naturaleza de bien colectivo, social, y, segundo, porque los cultores de la ciencia son, en el fondo, maestros verdaderos por vocación y por responsabilidad cultural. Por otra parte, la Universidad, leal con el medio histórico que la sustenta, ejerce una influencia sólida y continua en el desarrollo intelectual de la comunidad. Llega un momento en que ella misma está obligada a ponerse al frente de la educación de la sociedad, en su trabajo interno y hacia el exterior, exigida por el progreso que su acción desata y empuja cada vez más alto.

Así lo entendió en 1816 un profesor de visión extraordinaria del Queens College, hoy Universidad de Rutgers, cuando se atrevió a dictar a los profanos una conferencia sobre tan extraña materia como la filosofía de la química. Era un ensayo voluntario y entusiasta y en esa calidad había que tomarlo, en la misma forma en que lo hicieron las universidades donde primero se puso en práctica el principio de la extensión. A medida que se comprobaba la bondad del método, convicción que demoró años para ser tal, pasaba a ser parte oficial del programa ordinario. En el primer cuarto de este siglo, omitiendo unos pocos ensayos esporádicos, hallamos que la extensión universitaria, con beneficio directo para los adultos, posee su *status* académico, por ejemplo, el Colegio Estatal de Kansas en 1905 (había comenzado en 1868); la Universidad de Wisconsin en 1907 (1885); la Universidad de Harvard en 1910 (1840); la Universidad de Minnesota en 1913 (1881); la Universidad de Rutgers en 1925 (1816); el Colegio Estatal

de Michigan en 1948 (1855). En seguida las fechas se amontonan unas sobre otras en breve tiempo. Lanzada la experiencia y evaluados sus buenos resultados, la extensión universitaria, un tanto amorfa en sus juveniles manifestaciones, cobra personalidad definida en el organismo de la Universidad. Pero al revés. Es la Universidad la que aclara su filosofía al afirmarse en la idea de ser institución de cultura privilegiada dentro de la comunidad, para servir, por lo tanto, los intereses de la enseñanza y la investigación de nivel superior y las necesidades y aspiraciones de todos los grupos de la colectividad adulta. Esta es la parte del león que toma la extensión universitaria. ¿Y cómo pudieron las universidades norteamericanas concebirse a sí mismas de esta guisa? Por la razón simple que supieron mirar a tiempo lo que ocurría de puertas afuera, cosas grandes y cosas pequeñas, cada una importante como expresión del grupo. Primero, la falta de bibliotecas en la mayoría de las escuelas públicas hizo que los maestros y los padres dirigieran sus ojos implorantes a los bien dotados anaqueles de las universidades y colegios, encontrando el mejor ánimo de servicio comunitario. Segundo, la deficiencia de su formación profesional empujó a los maestros de la enseñanza elemental, secundaria y vocacional a solicitar socorro técnico eficiente a los "facultativos" de la Universidad, recibéndolo a manos llenas y quedando así establecidos los primeros contactos. Tercero, la división del trabajo y las mayores exigencias de una naciente y próspera tecnología movieron a empresarios, industriales y comerciantes a buscar caminos rápidos y seguros para su perfeccionamiento y el de sus empleados. Fueron recibidos con los brazos abiertos, y ellos, a su vez, ayudaron a la Universidad con aportes regulares y pesados. Cuarto, el desarrollo del país ponía a los líderes en duros aprietos para habérselas con el planeamiento del progreso local, estatal y nacional, por sus escasas luces o por la rapidez de los acontecimientos. Las universidades colaboraron en esta faena de limpieza de la selva. Quinto, gente pudiente hizo importantes donaciones a las universidades para poner en práctica diferentes proyectos de bien público y de extensión cultural. Fue imposible, entonces, desentenderse de la presión del ambiente.

Las universidades, por orgullosas que estuvieran de sus pergaminos, no se sintieron rebajadas al descender al pueblo, porque sabían que entregaban a la nación una parte comunicable y útil de lo que habían almacenado sus profesores, sin menoscabo de la otra parte que dedicaban a los afanes desinteresados del espíritu en busca de la verdad. Tan lejos llegaron en el primer aspecto, que hoy, en muchas

de ellas, la extensión forma parte integral del *curriculum* académico, con sus exámenes y calificaciones pertinentes, salvando así del naufragio profesional a miles de jóvenes y de adultos. Esta era la gente que no asistía a las clases regulares y que no esparaba, al menos en un comienzo, obtener un grado educacional o título profesional. Pero, muy luego, sus aspiraciones se ajustaron a las necesidades de una sociedad tecnológica y ahora quieren la certificación oficial de sus esfuerzos.

En el año 1891 el término "extensión universitaria" queda claramente definido por uno de sus líderes: la salida de la Universidad en busca de la gente que, por circunstancias económicas o sociales, no puede ir a la Universidad. Los privilegios del saber no son ya para unos pocos que pueden cumplir con todas las exigencias de la residencia obligada y de los largos años de aprendizaje, sino que también para los otros. La teoría que andaba por debajo era que la Universidad existía para el pueblo, a distintos niveles como debe comprenderse. Así, pues, sus defensores empezaron a organizar un programa que contemplara la educación vocacional y práctica, en primer lugar, y las necesidades culturales más amplias, en seguida, bajo los auspicios de la Universidad. Se prefirieron las conferencias y cursillos, la enseñanza por correspondencia y las clases vespertinas. Es interesante recalcar que este movimiento no tuvo su origen en un organismo específico, sino en la voluntad y visión de los dirigentes de la comunidad, desde sus puestos de comando en la educación, en las ciencias, y en las artes, en las profesiones, en la administración de los negocios¹². Como siempre sucede en los Estados Unidos, lo que comenzó siendo una aventura tímida se transformó luego en un torbellino. En 1913 hay 50 universidades que imparten programas de extensión cultural, y dos años después, en 1915, se funda la Asociación Nacional de Extensión Universitaria. Los resultados de este impulso asociado se pueden medir por el número de instituciones superiores que ofrecen dichos cursos en 1944, dentro y fuera de sus edificios: más de cuatrocientas. Otra fecha que conviene recordar es la del año 1942, cuando se funda el Instituto de las Fuerzas Armadas en los Estados Unidos, a cuyos miembros hubo que adoctrinar en innumerables materias, tarea que pasaron a desempeñar las universidades.

La ampliación de los recursos de las escuelas agrícolas es otra razón de peso en la promoción de estas actividades. La Ley Hatch de 1887 establece subsidios para los trabajos de investigación agrícola, y la Ley Smith-Lever de 1914 pone a disposición de las universidades y colegios, fondos importantes para mejorar las condiciones educacionales en las zonas

rurales a través de un trabajo de extensión efectivo. Esto ha servido para desarrollar estaciones experimentales en todo el país y, sobre todo, métodos de demostración y de educación de adultos en relación con la vida agrícola. Como se ve, la agricultura y el entrenamiento militar en todas sus formas, han permitido una vasta y sólida programación de extensión cultural universitaria de alcance nacional. Entre 1945 y 1952, como dato ilustrativo, alrededor de 10.000.000 de "veteranos" utilizaron los servicios de las universidades. En el período de 1949-50, las universidades y colegios gastaron en estas actividades la cantidad de 86.674.000. La Asociación Nacional de Extensión Universitaria afirma, en su informe correspondiente a 1953, que 76 instituciones alcanzaron a tener una matrícula regular de cerca de 600.000 alumnos en el año académico de 1951-52, pero más de 50 millones de personas se beneficiaron con sus programas.

Si tuviéramos que señalar brevemente las razones de la ampliación de estos servicios universitarios tan populares y necesarios en el país, éstas no serían otras que las siguientes: 1) el pueblo norteamericano cree que todos tienen derecho a ilustrarse y perfeccionarse si así es su voluntad; 2) estiman que la Universidad es un organismo verdaderamente público y popular, sostenido por los contribuyentes y al servicio de la democracia; 3) los veloces cambios de la época exigen la renovación de los conocimientos pasados y la adquisición de un saber nuevo, con el fin de lograr un puesto en la sociedad y mejorar las entradas económicas; 4) el desarrollo de nuevos grupos sociales y la afluencia de una corriente continua de gente de las áreas rurales y pueblos pequeños a las ciudades más importantes obligan a las universidades a la elaboración de planes, por sí mismas o a instancias de otros organismos institucionales, para facilitarles el ajuste social y la posibilidad de una sobrevivencia normal; 5) los adultos tienen conciencia de la educación como proceso continuo y siempre se están preparando para no quedarse atrás; 6) los subsidios federales a las Fuerzas Armadas contribuyen en alto grado al desarrollo de la educación de adultos y a su profesionalización, y 7) las universidades han acumulado un acervo ilimitado de saber y han recibido fuertes asignaciones para atender la demanda de cultura de los diferentes grupos de la sociedad. Y esta tarea no ha sido difícil llevarla a cabo, porque cada miembro de la Universidad, especialmente sus dirigentes, se da cuenta que el contacto entre ella y la vida de la comunidad es una realidad insoslayable en los tiempos actuales.

6 Los campos donde se ejerce la acción cultural uni-

versitaria extraescolar son muy variados y su determinación específica depende de los medios, del personal y de los objetivos de cada institución. Algo, sin embargo, es común a todas ellas: a) la Universidad debe extender su radio de acción a la mayor parte de la región o zona de influencia; b) el individuo necesita ser estimulado culturalmente a fin de que desarrolle al máximo sus capacidades; c) los problemas de la comunidad influyen en la vida universitaria y el saber y la experiencia acumulados por la Universidad deben ser aplicados en las soluciones correspondientes; d) en el terreno de la educación, la Universidad está llamada a ser el centro y el motor de su estudio y perfeccionamiento, atendiendo preferentemente al cuerpo de maestros y estimulando a la escuela para su progreso, y e) apoyándose en las fuerzas vivas de la comunidad, la Universidad consigue una experiencia que de otra manera le sería imposible obtener.

Como puede apreciarse, la extensión universitaria ha superado su etapa inicial de tanteo y prueba para convertirse en una manifestación regular y sistemática del programa de la Universidad. Ella conduce directamente a la educación del adulto, pero no a la masa indiferenciada como en un principio ocurrió, sino al profesional o a los grupos con preparación adecuada¹³. A los otros los siguen sirviendo las escuelas públicas para adultos. En la base de este hecho está la idea de la necesidad de la continuación de los estudios, por descansar sobre el hombre culto el progreso de la civilización, siendo él mismo un profesional capaz, un ciudadano eficiente y una persona integrada a su medio.

La programación de las labores de extensión sigue ciertas tendencias más o menos parecidas. La mayor parte de los cursos se relacionan con la vida del adulto, en sus formas sociales y familiares, económicas y administrativas, de salud y de recreación. El otro aspecto importante toca la formación cultural de tipo general, con énfasis en las artes y en las ciencias. El tercero, sin duda el más valioso, abre amplias perspectivas educacionales y profesionales a estudiantes y adultos, en rubros muy variados. A este trabajo colectivo de la Universidad se han asociado las facultades, divisiones y departamentos, los cuales han tomado en sus manos aspectos sobresalientes de la enseñanza profesional, sobre todo, su personal más joven. Este interés de los catedráticos se ha expresado en la aplicación de un *standard* educativo superior a la mediana, como ocurre, entre otras, en las especialidades de agricultura, que tanto auge ha cobrado en los Estados Unidos.

Al abordar los planes, las universidades, de acuerdo con sus propios objetivos, toman en consideración

los valores reales de sus contenidos para alcanzar un perfeccionamiento válido, si es eso lo que se busca en primera instancia; aplican los métodos más eficientes y novedosos, por tratarse de un público maduro en la mayoría de los casos y con intereses distintos a los de la masa estudiantil corriente, y ponen a disposición del medio todo aquello en que la Universidad se ha distinguido. Decimos que lo profesional y vocacional es lo más importante, porque estamos pensando en valores de eficiencia técnica. Pero el público ha favorecido más hasta ahora las materias de carácter artístico y científico que las profesionales y técnicas propiamente tales.

De los estudios realizados por expertos en un conjunto de instituciones importantes por los programas de extensión que ofrecen, se desprende que los cursos dictados en los centros de perfeccionamiento que mayor aceptación tuvieron fueron en el área de artes y ciencias y, concretamente, los de lengua inglesa, de matemáticas, de idiomas extranjeros, de bellas artes y de economía, considerando sólo cinco materias. En el área profesional y técnica el mayor número se concentró en administración de empresas e ingeniería, para descender, en forma violenta, a educación, economía doméstica y periodismo. Los cursos por correspondencia señalan también el predominio neto de las artes y las ciencias sobre la profesión y la técnica. Ocupan los primeros cinco lugares los idiomas extranjeros, lengua inglesa, historia, matemáticas y ciencias políticas. En el área profesional el orden se reparte entre educación, administración de empresas, ingeniería, agricultura y economía doméstica. En clases de extensión de otro tipo se registró para artes y ciencias el orden siguiente: lengua inglesa, bellas artes, idiomas extranjeros, matemáticas y psicología. En el área profesional y técnica, de matrícula ahora un poco superior a la registrada en el área de artes y ciencias, el orden fue educación, ingeniería, administración de empresas, enfermería y derecho.

Hemos citado sólo algunas asignaturas; pero no se crea que ellas son todas. Hoy día la extensión universitaria abarca tal cantidad de materias que, en la práctica, nada del saber se queda en el tintero. Como la tecnología norteamericana se ha desarrollado tan ampliamente y están apareciendo a cada instante nuevas especialidades y profesiones de todo tipo y nivel, no es extraño toparse con cosas tan heterogéneas como contaminación del aire y crédito bancario; dirección de empresas y cáncer; danza y ciudadanía; algodón y drama; leyes de incendio y geología; delincuencia juvenil y confección de helados; matemáticas y elecciones rurales; filatelia y Nacio-

nes Unidas. Para cada tema hay siempre a mano un profesor y algunos alumnos matriculados.

Todo este mundo informal del saber se pone a disposición de la comunidad mediante actividades y formas específicas que han pasado a constituir verdaderas especialidades en el *curriculum* de la extensión cultural universitaria: 1) enseñanza por correspondencia; 2) conferencias; 3) escuelas de verano; 4) cursos de extensión; 5) prensa y publicaciones; 6) escuelas vespertinas y centros culturales; 7) servicio de bibliotecas; 8) servicios audiovisuales; 9) charlas y cursillos; 10) radio y televisión, y 11) asesoría técnica a la comunidad.

Aunque se le ha concedido la mayor importancia a la educación de los adultos, muchas universidades no han subestimado en absoluto el trabajo con las escuelas elementales y secundarias, bajo la idea de que son instituciones para servir al medio sin diferencia alguna. No obstante este hecho, la clientela reclutada por las universidades en este aspecto de sus funciones es, sin discusión posible, adulta, con un promedio de edad sobre los 30 años, con un *status* educacional sobre la mediana nacional y grupos selectos con preparación universitaria. Su nivel económico puede estimarse satisfactorio en razón de que el mayor número posee ocupaciones estables de tiempo completo. Sobresalen los elementos del campo educacional, del comercio y de la industria. Estadísticas parciales revelan que casi todos buscan obtener calificaciones académicas oficiales para lograr títulos y mejorar así sus rentas¹⁴.

7 Es tal la importancia que se le concede en los Estados Unidos a la extensión universitaria, que estas actividades están generalmente bajo la tuición directa del Presidente de la institución, a través de la jefatura administrativa correspondiente. En otros casos toma el comando de ella el Vicepresidente o un Decano. Es común, por lo menos es la tendencia actual, que los departamentos estén integrados y correlacionados para estos efectos. Este criterio es el resultado de largos años de experiencia y de una evaluación positiva de esta faena cultural. La historia de su desarrollo muestra que la primera forma del trabajo universitario de extensión que encontró rápida y fácil acogida en las facultades fueron las escuelas de verano. La razón explicativa es simple: ellas no interferían en el programa académico, ya que simplemente se agregaban al término del período escolar ordinario y se les ponía fin días antes de la iniciación de las actividades regulares del año siguiente. Un paso más y fueron consideradas en el programa oficial.

Poco a poco los profesores se fueron entusiasmando con la idea y dieron comienzo a publicaciones de trabajos monográficos, folletos y aun libros para coadyuvar en la empresa, materiales simplificados del *stock* intelectual de su labor de investigación y docencia. Abierto el apetito de cientos de miles de estudiantes potenciales, es fácil comprender el desarrollo rápido y multiforme de la extensión cultural. Las necesidades de la población dieron vida luego a la enseñanza por correspondencia, uno de los rubros más cotizados en los programas de extensión, que exige un planeamiento cuidadoso por tratarse, en su mayor parte, de alumnos de escuelas secundarias que necesitan perfeccionar sus conocimientos, en especial de las zonas más débiles culturalmente; de personas en trabajo que aspiran a obtener algún tipo de certificado de competencia o título; de veteranos y militares que desean ampliar su bagaje de cultura; de enfermos que desean llenar las horas de reposo; de gente con los más variados intereses que busca ocupar sus horas libres.

En el primer cuarto de este siglo se desarrollan otros medios en la extensión universitaria. Los cursos de extensión, por ejemplo, dedicados para todos aquellos que no podían ingresar a los cursos ordinarios de la Universidad y que aspiraban a la obtención de un título profesional. Esta modalidad es una de las que tiene más aceptación y pone en mayor tensión a los académicos. En efecto, si no están perfectamente calibradas y de acuerdo con las exigencias estrictamente universitarias, su nivel puede descender a un grado peligroso para el prestigio de la Universidad. Esta voz de alerta de la Facultad debe ser oída a tiempo a fin de evitar que una buena idea aplicable a cierto público se transforme en un baratillo sin papel intelectual alguno.

Otro de los servicios importantes ofrecidos por las universidades han sido las conferencias públicas, que han atraído regularmente a un público entusiasta. Su temática es variada, desde aquella dedicada a grupos altamente especializados como la otra de tipo general, masivo. En estos momentos no es una tarea fácil poner en práctica un buen programa, porque están casi enteramente comercializadas.

Ciertas universidades, nos referimos a las más fuertes económicamente, disponen de material didáctico especial, agradable y liviano, para ser repartido entre la clientela adulta, desde artículos de divulgación hasta folletos y monografías, mimeografiados o impresos. Además, utilizan con frecuencia los diarios y las revistas para lograr los fines de la extensión cultural. La publicación de libros a este respecto es más escasa. Sin embargo, los textos fáciles abundan. Los servicios de biblioteca han tenido que adecuarse

a esta nueva realidad, particularmente para las áreas de población más pequeña, allí donde las facilidades de estudio e investigación son escasas. Se preparan hojas informativas, noticias críticas de libros, listas bibliográficas, resúmenes de obras importantes, pequeños folletos y, además, se patrocinan exhibiciones y conciertos. En las bibliotecas centrales hay un personal auxiliar que colabora en estas tareas de ilustración.

El rubro de materiales audiovisuales es explotado ampliamente por las universidades, con su departamento muy bien abastecido de máquinas proyectoras, de altoparlantes, máquinas grabadoras, cámaras fotográficas y un rico almacén de películas, cintas magnéticas y diapositivas, con el fin de objetivar las clases y hacerlas más animadas. Por otro lado, debemos considerar que muchos contenidos programáticos exigen la disponibilidad de estos materiales de acuerdo con los principios de la educación moderna. Este mismo papel lo desempeñan con gran éxito los servicios de radio y de televisión, cuyo impacto en la sociedad norteamericana se hace sentir en forma inusitada, preocupando en estos instantes a las autoridades la poderosa influencia que la televisión tiene en la mente y formación del niño y del joven. Parte destacada de los programas de extensión universitaria se da por medio de la televisión.

Las escuelas vespertinas y los centros culturales fuera del "campus" son los dos últimos medios destinados por la Universidad a realizar sus programas. Son verdaderas ramas de la institución, con un pequeño cuerpo docente y administrativo y su clientela propia. Ofrecen estudios de diferente nivel, por ejemplo, una educación correspondiente a un primer año de Colegio universitario, a dos años y hasta el curso completo de cuatro años que conduce directamente al bachillerato que, en los Estados Unidos, se da al término de cuatro años de estudios de nivel universitario después de egresar el joven de la escuela secundaria. No es raro encontrar centros de esta especie que ofrecen estudios más especializados. Los colegios vespertinos tienen una gran aceptación en los Estados Unidos y las clases se dictan en horas convenientes de la tarde y de la noche, por estar dedicadas a la gente adulta que en el día trabaja. En el fondo, son similares a los colegios diurnos y tienen un porvenir ilimitado, como también lo tienen los centros culturales que ofrecen programas novedosos a grupos organizados bajo intereses especiales y a diversas agencias y organismos de la ciudad.

Este intenso trabajo de extensión cultural es el que ha obligado a las universidades a crear un aparato especial para atenderla, con un pequeño personal administrativo propio en la mayoría de los casos,

equipos docentes familiarizados en alguna medida con esta clase de educación, recursos estimulantes y jerarquía académica conveniente. Los gastos que ella origina no pesan de manera excesiva sobre el presupuesto de las universidades debido a que los derechos de matrícula y los aportes que hacen para determinados programas distintas agencias e instituciones cubren en un alto porcentaje la inversión respectiva de la Universidad.

¹Los prejuicios abundan en las sociedades levantadas sobre la injusticia social, el abuso político y la explotación económica, mantenidos como sistema consuetudinario de la vida a lo largo de los siglos. La incultura, la miseria y el servilismo que engendran permiten el establecimiento de códigos morales y de costumbres que convienen a la capa dirigente y causan bochorno al ciudadano democrático. Una república, un país civilizado, una nación moderna no pueden sentirse tales con un 80% de analfabetos, con hombres que saludan al patrón con el sombrero en la mano, con clases sociales enteras carcomidas por la subnutrición crónica.

²El respeto al individuo y a su vida privada no se opone al sentimiento de cooperación. El individualismo expresa la consideración de la persona como un ente singular en el conglomerado humano. Es una cara de la realidad. La otra es la conciencia que se tiene de la función gregaria del hombre, por su misma naturaleza inteligente y social. La grandeza de los Estados Unidos está cimentada en el firme carácter de sus habitantes y en la elevada cuota de responsabilidad colectiva que se asignan. Uno para todos y todos para uno.

³La generación más sacrificada a este respecto es la adulta, ya que la renovación de las técnicas y el progreso científico obligan a la sociedad a un aprendizaje continuo. La clientela más asidua y numerosa de los programas de extensión universitaria está constituida por adultos, muchos de ellos con su pesada madurez a cuestas, con deberes y obligaciones imposterables, lo que no hace fácil ni grato este violento proceso de educación permanente, que los sobrecarga.

⁴La Universidad norteamericana está para servir y no para ser servida.

⁵Ningún pueblo más celoso que el norteamericano de sus prerrogativas individuales y de su concepción de la democracia y de la libertad. Para qué hablar de sus derechos religiosos. Estados hay que temen la ayuda federal a la educación, por creer que pone en peligro la tuición moral y cultural de los padres sobre sus hijos. Confían, en cambio, en las autoridades de cada Estado. La enseñanza de las teorías de Darwin está prohibida en determinadas escuelas. Entre Adán y el mono se quedan con el primero, a pesar del amor entrañable que sienten por los animales. Pero si por la conquista de la luna hubiera que pagar un tributo fatal, preferirían que la víctima fuera un hombre antes que un gato regalón.

⁶Es oportuno intercalar aquí el siguiente pensamiento del filósofo Ortega y Gasset: "Principio de educación: la escuela, como institución normal de un país, depende mucho más del aire público en que íntegramente flota que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros. Sólo cuando hay ecuación entre la presión de uno y otro aire la escuela es buena". (José Ortega y Gasset: *Misión de la Universidad*. Revista de Occidente, Madrid, 1960.).

⁷Nosotros, los hispanoamericanos, no hemos entendido con exactitud el término *dirigente*, de uso tan común en los Estados Unidos. Se refiere no sólo al fútbol, a las sociedades mutualistas y a los sindicatos —como ocurre por estos lares— sino a las personalidades sobresalientes que impulsan, desde un plano superior, la acción social, política, económica, cultural, religiosa, profesional y demás. Su presencia es indispensable en una civilización compleja.

⁸Todavía hay universidades que se oponen a esta función divulgadora, por creer que se daña su prestigio intelectual. Resulta trágicamente divertido comprobar que la resistencia más fuerte proviene de instituciones de países subdesarrollados, donde se sigue estimando a la Universidad como un templo de monjes benedictinos o de caballeros templarios, ínsula perdida en el océano de la vida y en eterno ostracismo espiritual. Así se quedarán, si no cambian.

⁹El florecimiento económico de los pueblos y un elevado grado de estabilidad política y social son los soportes naturales de la empresa del saber, de la educación y la cultura. Los hechos se encargan de destrozarse las esperanzas románticas en una civilización progresista crecida al borde de la miseria, como en los genios creadores espontáneos viviendo en buhardillas. Si en una escuela sin cuadernos ni tiza la enseñanza se torna punto menos que imposible; en un liceo sin biblioteca ni laboratorios el proceso educativo se limita a nociones vagas, inservibles por su generalidad, cuánto más grave será el problema en una casa de altos estudios sin libros adecuados y suficientes, sin instrumental científico, sin costosas instalaciones experimentales, sin medios de intercambio, sin cuadros docentes y de investigación, con puro optimismo y lectura de los clásicos. Nuestra civilización se afirma en la potencia productiva de los pueblos. Las universidades han pasado a ser verdaderas corporaciones económicas que consumen e invierten fondos cuantiosos para llevar a cabo su cometido de eficiencia y superación permanente. El crecimiento y poderío actuales de las universidades norteamericanas y europeas corren a parejas con el desarrollo económico y el equilibrio de la sociedad, fundamentos necesarios e indispensables para el avance científico, tecnológico y cultural, al nivel que nuestra época exige. Como nos enseñan los nutriólogos, con 1.500 calorías por cabeza no se llega a ninguna parte. Una Universidad sin presupuesto abundante es una momia, un centro propicio para cultivar la ciencia cristiana sobre el bien y el mal, o un pobre y frío corredor para hablar del idealismo platónico y pescarse una bronquitis venerable. El griego y el hebreo que el ilustre don Miguel de Unamuno enseñaba en Salamanca a alumnos de selección, en duros y luengos años de repetición y práctica, se aprende rápidamente ahora en casetas individuales, en cintas grabadas y en cómodas mesitas de trabajo con suaves audífonos y control remoto. Y no es raro que los aprendices de genio vayan a pasar sus vacaciones de verano al Pireo o a Tel Aviv, saltándose muchos cursos, textos y profesores.

¹⁰¡Qué distinto es en nuestros días! Numerosas universidades del mundo han incorporado a su *curriculum* ordinario las escuelas de temporada o cursos de verano, destinados a la educación de adultos y, en menor grado, a sus alumnos regulares. Se fomentan, asimismo, los viajes de estudiantes al extranjero, organizados bajo la dirección de un profesor o directamente a cargo de los propios alumnos. Sobresalen en este laudable esfuerzo de superación cultural las universidades y agencias educativas de los Estados Unidos. Grupos de jóvenes viajan, por ejemplo, a México y a los países más importantes de Europa. Estas permanencias veraniegas están muy bien planeadas y no le significan a la juventud un desembolso subido. A muchos jóvenes les son ofrecidas ocupaciones variadas, con alimentación y salario. Tienen la ventaja de practicar idiomas, conocer la historia y aprender las costumbres de diferentes civilizaciones. La Universidad de Cnile, dentro de sus similares hispanoamericanas, es la que más se ha distinguido en esta labor de extensión, tan importante para la superación intelectual de la sociedad. Sus escuelas de verano, sus seminarios regionales, sus cursos sistemáticos, concitan el interés de la ciudadanía y de la juventud y profesionales de los países vecinos.

¹¹Esta modalidad de la función universitaria tiende a generalizarse, situación que se traduce en la preparación de personal especializado, en la confección y uso de materiales *ad hoc*, en gastos que aumentan de año en año. La Universidad no puede eludir el cumplimiento de este propósito, porque el público adulto y la juventud se han acostumbrado a recibir, con sinceridad y entusiasmo, este tipo de educación. La necesidad ha creado este órgano, perfeccionando el cuerpo universitario. Amputarlo significaría poner en peligro su vida.

¹²Gran parte de estos dirigentes estaban ligados a la vida universitaria y pudieron ejercer dentro de ella una influencia decisiva. Al mismo tiempo, las universidades supieron comprender con rapidez esta urgencia y la conveniencia de llenar un vacío a todas luces peligroso e inconveniente para la estabilidad institucional y el progreso del país. Estas coincidencias son comunes en el desarrollo cultural norteamericano.

¹³En otras palabras, la extensión cultural presenta en estos momentos la característica de un verdadero proceso educativo, sujeto a un planeamiento riguroso y a una evaluación sostenida. Es, en definitiva, una modalidad propia de la enseñanza universitaria clásica, impartida con seriedad y espíritu responsable.

¹⁴La sociedad norteamericana es de naturaleza competitiva. La emulación y el perfeccionamiento son los efectos más notorios de su estructura. La educación misma hace hincapié especial en el éxito del individuo y en su destreza para incorporarse al grupo, teniendo como metas substantivas el prestigio social y la solvencia económica. Todo lo demás viene por añadidura.